

Isabelita y su gran aventura

● Isabelita cantaba y bailaba en un cabaret de Caracas, en 1955, cuando fue invitada a su mesa por un espectador de calidad: Juan Domingo Perón. Isabelita (su verdadero nombre era María Estela Martínez) tenía veinticuatro años; Perón, sesenta. Brotó inmediatamente una gran amistad. No se separaron más.

Los orígenes de los héroes siempre son oscuros. Hay otra versión: el encuentro histórico se habría producido en Colón, Panamá, en otro cabaret, y en 1956. Tanto da. Nuestro tiempo sigue siendo tan propicio a la gran aventura, y la de Isabelita-María Estela ha sido excepcional. Nacida en una familia pobre -1931-, poco dotada para los estudios, pero bien para el baile y la música, resolvió su vida dedicándose a las variedades en los cabarets. Los abandonó para convertirse en lo que se consideraba secretaria particular de Perón. Se casaron en 1961, pero el matrimonio permaneció secreto durante mucho tiempo: Perón no quería romper la imagen de ser el viudo de Eva Duarte, de la protagonista de otra rara aventura que dura después de su muerte -su momia se pasea por el mundo-, que gozaba de un fama natural y sobrenatural en la Argentina y dentro del peronismo.

Más tarde se añadió un nuevo personaje fantástico para formar un trío. O un cuarteto, si se cuenta el fantasma (y el cuerpo insepulto) de Eva: López Rega. El brujo. Astrólogo, presumido de ser una reencarnación de Cagliostro, ávido de poder y, como se vería más tarde, sin escrúpulos: creó la organización de asesinatos más mortífera del país, la Alianza Anticomunista Argentina. El trío-cuarteto se estableció en Madrid. Desde Buenos Aires, los peronistas tiraban del general Perón. Parece como muy probable que el viejo y cansado dictador no desease de ninguna forma regresar y enfrentarse con la aventura política, con el desgaste del poder; y parece también que López Rega y María Estela, muy unidos, le forzaron a volver. Perón fue víctima de su propia

imagen; en lugar de ser un exiliado definitivo, quiso mantener el clima de sebastianismo formado en torno a su figura, y cayó en el regreso. Antes había enviado a su esposa, como representante de él mismo. Cuando volvió a Buenos Aires, le recibieron pancartas que decían: "Evita al poder con Perón, con Isabel". El fantasma ocupaba el primer puesto, y el brujo, el cuarto. Isabelita-María Estela se convertiría en vicepresidente: en realidad era una proyección de Eva Duarte, un sustituto ideal o imaginario de la mujer amada de los pobres, de los descamisados. Perón, a su vez, era un sustituto del primer Perón. No pudo resistirlo. El 1 de julio de 1974 murió Perón; ya en sus últimos días de vida había confiado el poder supremo a Isabelita.

Perón se desvanecía para siempre, el fantasma de Eva Duarte también. Isabelita asumía el poder supremo y, siempre a su lado, López Rega se convertía en un número dos (tal vez número uno) poco visible, no oficial.

Comenzaba una nueva política. El último esfuerzo de Perón fue el de mantener cierto equilibrio entre la izquierda y la derecha: el primero de Isabelita, el de eliminar la izquierda. Físicamente, incluso. La AAA se encargó de los asesinatos. Creada y estimulada por el brujo. Hasta que el brujo fue desposeído y expulsado. No de la amistad de Isabelita, que primero lo albergó en su casa, luego le mandó a su finca de Madrid, donde debe de estar todavía.

Isabelita se encontró sola. Pero fuerte. Y apasionada por el poder. La aventura había prendido en ella misma. Se había creído que de verdad era María Estela Martínez y no el reflejo de Eva Duarte, no la impregnación de Perón, no la embrujada por el brujo. Ha querido gobernar a su manera, no ha querido desprenderse del poder. Se veía unas veces como una figura histórica definitiva -salvadora de la Argentina-, otras como una representante del feminismo triunfal frente al machismo argentino.

Estos últimos ocho meses de



Desde que se fue López Rega, Isabelita se encontraba sola, amenazada por todas partes y sostenida sólo por los desesperados del peronismo que no la amaban, pero veían en ella su última oportunidad. En la fotografía, la viuda de Perón cuando el "brujo" López Rega -izquierda- todavía estaba a su lado.

soledad, desde que se fue López Rega, amenazada por todas partes, sostenida sólo por los desesperados del peronismo que no la amaban, pero veían en ella su última oportunidad; protagonista inconsciente de una situación que tranquilamente dejaban pudrir los Estados Unidos y los jefes militares, para tener todas sus justificaciones finales de asalto al poder, la aventura de Isabelita se ha convertido en una tragedia incesante.

La viuda desfalleciente que anunciaba al país entre sollozos la muerte de Perón ("verdadero apóstol de la paz y de la no violencia", dijo: se pedía para él antes de su muerte el Nobel de la Paz, mientras dirigía un país de terrorismo y asesinatos diarios) era ahora una figura de tragedia griega, una reina viuda en el palacio de los Atridas en que quiso convertir la Casa Rosada. "No abandonaré el poder más que muerta o cuando termine el mandato que me ha dado el pueblo", decía. Y quizá sus últimas palabras públicas: "Haré un escarmiento del que quedará huella en la Historia..."

¿Qué escarmiento, contra quiénes? ¿Qué matanza podría

dejar huella en una Historia de tantas otras? Pareció que estaba amenazando a los militares, que tranquila, sosegadamente, preparaban su golpe de Estado con la minuciosidad de una logística perfecta. Se sabía casi el día y la hora en que debía comenzar... Y se produjo, inevitablemente.

Isabelita no ha podido cumplir sus juramentos. No ha salido muerta de la Casa Rosada; no ha tenido el temple de Allende. Ni ha podido hacer el terrible escarmiento histórico que anunció su voz ya desgarrada, ya histérica de los últimos tiempos. Ha ido, simplemente, a una prisión atenuada y cómoda.

El final literario, histórico, de su aventura requeriría una ejecución. Para cumplir el destino romántico. Felizmente, no será así, o no hay que creer que sea así. Los nuevos dictadores cometerían un grave error si lo hicieran, y no parece que caigan en los errores de Pinochet, ni que sea ese su temple. El final más probable de la aventura será el exilio de Madrid y el reencuentro con López Rega. El final, también, de un gran sueño: el del peronismo y sus fantasmas de vivos y de muertos. ■

ITALIA

La democracia cristiana, hacia la izquierda

● Zaccagnini, el "franciscano de Ravena", ha sido confirmado en su puesto de secretario general de la Democracia Cristiana en Italia: lo era desde que fue designado para el puesto por el Consejo Nacional del partido, hace ocho meses. Necesitaba el refrendo del Congreso del partido, que, por primera vez, iba a votar la elección de secretario

general. Ha ganado, por consiguiente, la línea considerada de izquierdas. Pero no francamente: si Zaccagnini ha obtenido el 51,6 por 100 de los votos, el grupo contrario, el de Forlani -actual ministro de Defensa- ha conseguido el 48,4. Algunos ven en esta división el principio de una división del partido, de una escisión definitiva: una derecha